

que cubren el aire, y continuamente no hacen sino caer de alto en el agua, y tomar las sardinas que pueden, y súbito tornarse á levantar volando; y comiéndose las muy presto, luego tornan á caer, y se tornan á levantar de la misma manera, sin cesar; y así, cuando la mar se retrae, se van en su seguimiento los alcatraces, continuando su pesquería, como es dicho. Juntamente andan con estas aves otras que se llaman rabihorcados, de que atrás se hizo mención; y así como el alcatraz se levanta con la presa que hace de las sardinas, el dicho rabihorcado le da tantos golpes, y lo persigue hasta que le hace lanzar las sardinas que ha tragado; y así como la echa, antes que ellas toquen ó lleguen al agua, los rabihorcados las toman, y de esta manera es una gran deletación verlo todos los días del mundo. Hay tantos de los dichos alcatraces, que los cristianos envían á ciertas islas y escollos que están cerca de la dicha Panamá, en barcas y canoas, por los alcatraces, cuando son nuevos que aun no pueden volar, y á palos matan cuantos quieren, hasta cargar las canoas ó barcas de ellos; y están tan gordos y bien mantenidos, que de gruesos no se pueden comer, ni los quieren sino para hacer de la grosura de ellos olio para quemar de noche en los candiles, el cual es muy bueno para esto, y de dulce lumbre y que muy de grado arde. En esta manera y para este efecto se matan tantos, que no tienen número, y siempre parece que son muchos más los que andan en la pesquería de las sardinas, como es dicho.

CAPITULO XXXVIII.

Cuervos marinos.

Atrás se dijo que hay cuervos marinos, de la misma manera que los hay acá. No torné aquí á hablar en ellos sino para decir la muchedumbre de ellos que hay en la mar del Sur, en aquella costa de Panamá, donde puede vuestra majestad creer que algunas veces vienen tantos juntos en demanda de aquestas sardinas que dije en el capítulo antes de este, que, asentados en el agua, cubren gran parte de la mar, que están las manchas de ellos tamañas, casi como esta vega, que está al pie de esta ciudad de Toledo; y estos escuadrones ó multitudes de estos cuervos, en muchas partes y muy á menudo, cada día se ven en la dicha costa del Sur, allí donde he dicho, y no parece todo aquello que toman y ocupan del agua, sino un terciopelo ó paño muy negro, sin intervalo, según están juntos estos cuervos, los unos á par de los otros, y así como los alcatraces, se van y vienen con las mareas secutando la pesquería de estas sardinas; las cuales á algunos saben bien, y á mí no, porque son tan dulces, que á tres veces que comí de ellas las aborrescí, y nunca pescado de cuantos allí ni acá he visto, yo comería de tan mala voluntad; pero otros hombres se hallan bien con ellas.

CAPITULO XXXIX.

Gallinas doradas.

De las gallinas de España hay muchas y aumentanse mucho, porque no dejan de sacar cuantos huevos pueden cubrir con las alas; las cuales han procedido de las que de acá en los principios se llevaron; pero sin estas,

hay unas gallinas bravas, que son tan grandes como pavos, y son negras, y la cabeza y parte del pescuezo algo pardo, ó no tan negro como lo demás de ellas, y aquello pardo ó menos negro no es pluma, sino el cuero. Son de muy mala carne y peor sabor, y muy golosas, y comen muchas suciedades y indios y animales muertos; pero huelen como almizcle y muy bien en tanto que están vivas, y como las matan pierden aquel olor, y á ninguna cosa son buenas, salvo sus plumas para emplamar saetas y virotes; y sufren muy gran golpe, y ha de ser muy recia la ballesta que la mate, si no le dan en la cabeza ó le quiebran alguna de las alas, y son muy importunas, y amigas de estar en el pueblo y cerca de él, por comer las inmundicias.

CAPITULO XL.

Perdices.

Perdices hay en Tierra-Firme muy buenas, y de tan buen sabor como las de España, y son tan grandes como las gallinas de Castilla, y tienen unas tellas sobre otras. Así que tienen dos pares de ellas, y tanta carne, que ha de ser muy comedor el que á una comida ó pasto de una vez la acabare. La pluma es parda, así en el pecho como en las alas y cuello, y todo lo demás de aquella misma color y plumaje que las perdices de acá tienen los hombros, y ninguna pluma tienen de otra color. Los huevos que estas perdices ponen son cuasi tan grandes como los grandes de estas gallinas comunes de España, y son cuasi redondos, y no prolongados tanto como los de las gallinas, y son azules, de la color de una muy finísima turquesa. Toman estas perdices los indios con reclamos, armándoles lazos, y yo las he tenido vivas, y las he comido algunas veces en Tierra-Firme. La manera del reclamo es, que se ase el indio de una veijia de cabellos de encima de la frente, cuasi de á par de la coronilla, ó mas cerca de lo alto de la cabeza, y tira y afloja, meneando la cabeza, y con la boca hace un cierto son, que es cuasi silbando, de la misma manera que aquellas perdices cantan; y vienen á este reclamo, y caen en los lazos que les tienen puestos de hilo de benequen, del cual hilo se dijo largamente en el capítulo diez; y así las toman, y son muy excelente manjar asadas, perdigándolas primero, y así de esta manera como cocidas ó de cualquier forma que se coman. Quieren parecer mucho en el sabor á las perdices de España, y la carne de ellas es así tiesta, y son mejores de comer el segundo día que las matan, porque estén algo manidas ó mas tiernas. Otras perdices hay menores que las susodichas, que son como estarnas ó perdices de las que acá dicen pardillas, que son asaz buenas; pero aunque en el sabor quieren parecer á las de acá, no son tales, con mucho, como las grandes; y estas pequeñas tienen la pluma asimismo pardilla, pero tiran algo á rubio aquel plumaje sobre pardillo, y tómanse mas á menudo que las grandes, y son mejores para los dolientes, porque no son tan recias de digestión.

CAPITULO XLI.

Faisanes.

Los faisanes de Tierra-Firme no tienen la pluma que

los faisanes de España, ni son tan lindos en la vista; pero son muy buenos y excelentes en el sabor, y parecen mucho en el gusto á las perdices grandes, de quien se trató en el capítulo antes de éste; el plumaje de estas aves son pardos, así como las perdices, y no tan grandes; pero son mas altos de piés, y tienen las colas luengas y anchas, y mántase de ellas muchas con las ballestas, y hacen cierto canto, á manera de silbos, muy diferente del canto de las perdices y mucho mas alto, porque de bien lejos se oyen, y esperan mucho; y así, los ballesteros los matan muy á menudo.

CAPITULO XLII.

Picudos.

Una ave hay en Tierra-Firme, que los cristianos llaman picudo, y tiene un pico muy grande, según la pequeñez del cuerpo, el cual pico pesa mucho mas que todo el cuerpo. Este pájaro no es mayor que una codorniz ó poco mas, pero el bulto es muy mayor, porque tiene mucha mas pluma que carne. Su plumaje es muy lindo y de muchas colores, y el pico es tan grande como un gemo ó mas, revuelto para abajo, y al principio, á par de la cabeza, tan ancho como tres dedos ó cuasi; y la lengua que tiene es una pluma, y da grandes silbos, y hace agujeros con el pico en los árboles, por donde se mete, y cria allí dentro; y cierto es ave muy extraña y para ver, porque es muy diferente de todas cuantas aves yo he visto, así por la lengua, que, como es dicho, es una pluma, como por su vista y desproporción del gran pico, á respeto del cuerpo. Ninguna ave hay que cuando cria esté mas segura y sin temor de los gatos, así porque ellos no pueden entrar á tomarles los huevos ó los hijos, por la manera del nido, como porque en sintiendo que hay gatos se meten en su nido, y tienen el pico hacia fuera, y dan tales picadas, que el gato ha por bien de no curar de ellos.

CAPITULO XLIII.

Del pájaro loco.

Unos pájaros hay, que los cristianos llaman locos por les dar el nombre al revés de sus efectos, como suelen nombrar otras cosas, según atrás queda dicho, porque en la verdad ninguna ave de las que en aquellas partes yo he visto muestra ser mas sabia y astuta ni de tal distinto natural para criar sus hijos sin peligro. Aquestas aves son pequeñas y cuasi negras, y son poco mayores que los tordos de acá; tienen algunas plumas blancas en el cuello, y traen la diligencia de las picazas; pero muy pocas veces se posan en tierra, y hacen sus nidos en árboles desocupados ó apartados de otros, porque los gatos monillos acostumbran irse de árbol en árbol y saltar de unos á otros, y no bajar á tierra, por temor de otros animales, sino es cuando han sed, que bajan á beber, en tiempo que no puedan ser molestados. E por eso estas aves no quieren ni suelen criar sino en árbol que esté algo lejos de otros, y hacen un nido tan luengo ó mas que el brazo de un hombre, á manera de talega, y en lo bajo es ancho, y hacia arriba de donde está colgado, se va estrechando y hace un agujero por donde entran en aquella talega, no mayor de cuanto el dicho pájaro puede caber; y porque, en caso que los ga-

tos suban á los árboles donde aquestos nidos están, no les coman los hijos, tienen otra astucia grande, y es que aquellas ramas y pajas ó cosas de que hacen estos nidos son muy ásperas y espinosas, y no las puede tomar el gato en las manos sin se lastimar; y están tan entretejidos y fuertes, que ningún hombre los sabría hacer de aquella manera; y si el gato quiere meter la mano por el agujero del dicho nido para sacar los huevos ó los hijos pequeños de estas aves, no los puede alcanzar ni llegar al cabo, porque, como es dicho, son luengos mas de tres palmos ó cuatro, y no puede el brazo del gato alcanzar al suelo del nido. Hacen otra cosa, y es que en un árbol hay muchos nidos de estos. E la causa por qué hacen muchos de estos pájaros sus nidos en un mismo árbol debe ser por una de dos cosas, ó porque de su natura sean sociables y amigos de compañía de su misma ralea ó casta, como los aviones, ó porque si por caso los gatos subieren al árbol donde crían haya diversos ó muchos nidos en que se determine la ventura del que ha de ser molestado del gato, y haya mas cantidad de pájaros de los mayores de ellos que hagan la vela por todos, los cuales, en viendo los gatos, dan grandes gritos.

CAPITULO XLIV.

Picazas.

Hay en Tierra-Firme y también en las islas unas picazas que son menores que las de España, y tienen su diligencia y andar á saltos; pero son todas negras, y tienen los picos de la hechura que los tienen los papagayos, y asimismo negros, y las colas luengas, y son poco mayores que tordos.

CAPITULO XLV.

Pintadillos.

Unos pájaros hay que se llaman pintadillos, y son muy pequeños, como los que acá llaman pinchicos ó de siete colores, y estos pajaricos, de temor de los gatos, siempre crían sobre las riberas de los ríos ó de la mar, donde las ramas de los árboles alcancen con los nidos al agua con poco peso que encima de ellas se cargue, y hacen los dichos nidos cuasi en las puntas de las diestramas, y cuando el gato va por la rama adelante ella se abaja y pende al agua, y el gato, de temor, se torna y no cura de los nidos, por temor de caer; porque de todos los animales del mundo, no obstante que ninguno le sobra en malicia, y que naturalmente la mayor parte de los animales saben nadar, estos gatos no lo saben, y muy presto se ahogan. Estos pajaricos hacen sus nidos de manera que aunque se mojen y hinchan de agua, luego se sale, y aunque los pajaricos nuevos con el nido estén debajo del agua, por pequeños que sean, no se ahogan por eso.

CAPITULO XLVI.

Ruiseñores y otros pájaros que cantan.

Hay muchos ruiseñores y otras muchas aves pequeñas, que cantan maravillosamente y con mucha melodía y diferentes maneras de cantar, y son muy diversos en colores los unos de los otros. Algunos hay que son todos amarillos, y otros que todos son colorados, de una color

tan fina y excelente, que no se puede creer ni ver otra cosa mas subida en color, como si fuese un rubí, y otros de todas colores y diferencias, algunos mezcladas aquellas colores, y otros de pocas, y algunos de una sola, y tan hermosos, que en lindeza exceden y hacen mucha ventaja á todos los que en España y Italia y en otros reinos y provincias muchas yo he visto. E tómanse muchos de ellos con armanzas y liga y costillas, y de muchas maneras.

CAPITULO XLVII.

Pajaro mosquito.

Hay unos pajaritos tan chiquitos, que el bulto todo de unos de ellos es menor que la cabeza del dedo pulgar de la mano, y pelado es mas de la mitad menor de lo que es dicho; es una avecica que, demás de su pequeñez, tiene tanta velocidad y presteza en el volar, que viéndola en el aire no se le pueden considerar las alas de otra manera que las de los escarabajos ó abejones, y no hay persona que le vea volar que piense que es otra cosa sino abejon. Los nidos son segun la proporcion ó grandeza suya. Yo he visto uno de estos pajaricos que él y el nido puestos en un peso de pesar oro pesó todo dos tomines, que son veinte y cuatro granos, con la pluma, la cual si no tovierá, fuera el peso mucho menos. Sin dubda parecia en la sotileza de sus piernas y manos á las avecicas que en las márgenes de las horas de rezar suelen poner los iluminadores; y es de muy hermosas colores su pluma, dorada y verde y de otras colores, y el pico luengo segun el cuerpo, y tan delgado como un alfilel. Son muy osados, y cuando ven que algun hombre sube en el árbol en que cria, se le va á meter por los ojos, y con tanta presteza va y huye y torna, que no se puede creer sin verlo; cierto es cosa la pequeñez de este pajarico, que no osara hablar en él sino porque sin mí hay en esta corte de vuestra majestad otros testigos de vista. De lo que hacen el nido es del flucco ó pelos de algodón, del cual hay mucho y les es mucho al propósito.

CAPITULO XLVIII.

Paso de aves.

Visto he algunos años en el mes de marzo, por espacio de quince y veinte dias, y algunos años mas, y desde la mañana hasta ser de noche, ir el cielo cubierto de infinitas aves y muy altas, y tanto enlevadas, que muchas de ellas se pierden de vista, y otras van muy bajas, á respecto de las mas altas, pero harto altas, á respecto de las cumbres y montes de la tierra, y van continuamente en seguimiento ó al luengo desde la parte del norte septentrional á la del mediodía ó via del polo Austral. Así que vienen de la parte de la mar hácia la parte de la tierra, y así atraviesan todo lo que del cielo se puede ver en la longueza ó viaje que hacen estas aves, y de ancho ocupan muy gran parte de lo que se ve del cielo. E la mayor parte de estas aves son, al parecer, águilas negras, y otras de muchas maneras y muy grandes, y otras aves de rapiña. Las diferencias y plumajes de las cuales no se pueden bien comprender, porque no bajan tanto que esto se pueda entender, ni discernirlos la vista; pero en la manera del volar y en

la grandeza y diferencias de los tamaños se conoce que son de muchos y diversos géneros. Este paso de estas aves es sobre la cibdad y provincia de Santa María del Antigua del Darien, en Tierra-Firme, en aquella parte que se llama Castilla del Oro. Otras muchas maneras de aves hay en Tierra-Firme, que seria muy larga cosa de escribirlo extensamente, así porque de todas, aunque se ven muchas, seria imposible especificarlo, como porque de otras muchas mas que yo tengo escrito en mi *General historia de Indias*, no ocurre al presente á mi memoria mas de lo que en el presente sumario está dicho.

CAPITULO XLIX.

De las moscas y mosquitos y abejas y avispas y hormigas, y sus semejantes.

En las Indias y Tierra-Firme hay muy poquitas moscas, y á comparacion de las que hay en Europa se puede decir que acullá no hay algunas, porque raras veces se ven algunas.

Mosquitos hay muchos y muy enojosos y de muchas maneras, en especial en algunas partes de las costas de la mar y de los rios, y tambien en muchas partes de la tierra no los hay.

Hay muchas avispas y muy peligrosas y ponzoñosas, y su picadura es sin comparacion mas dolorosa que la de las avispas de España, y tienen cuasi la misma color; pero son mayores y mas rubio el amarillo de ellas, y con ello en las alas mucha parte de color negra, y las puntas de ellas rubias de color tostado. Hacen muy grandes avisperos, y los racimos de ellos llenos de vasillos del tamaño de los panales que en España hacen las abejas, pero secos y blancos sobre pardos, y no tienen en ellos ningun licor, sino sus crianzas ó aquello de que se forman, y hay muchas en los árboles, y tambien se hacen muchas en las techumbres y maderas de las casas.

CAPITULO L.

Abejas.

Hay muchas abejas, que crian en las hoquedades de los árboles, y son pequeñas, del tamaño de las moscas, ó poco mas, y las puntas de las alas tienen cortadas al través, de la facion ó manera de las puntas de los machetes victorianos, y por medio del ala una señal al través, blanca, y no pican ni hacen mal, ni tienen aguijon, y hacen grandes panales, y los agujerillos de ellos hay en uno mas que en cuatro de los de acá, aunque ellas son menores abejas que las de España, y la miel es muy buena y sana, pero es morena cuasi como arrope.

CAPITULO LI.

Hormigas.

Las diferencias de las hormigas son muchas, y la cantidad de ellas tanta, y tan perjudiciales algunas de ellas, que no se podría creer sin haberlo visto, porque han hecho mucho daño, así en árboles como en azúcares y en otras cosas necesarias al mantenimiento de los hombres; pero por no me detener en esto, digo que aquellas que los osos hormigueros comen son de una manera y son poquitas y negras, y otras hay rubias, y

otras hay que llaman cómixen, que la mitad son hormigas, y la otra mitad es un gusanico que traen metido en una cosilla ó cáscara blanca que llevan arrastrando, y son muy dañosas, y penetran las maderas y casas, y hacen mucho daño estas que son comixen; las cuales, si suben por un árbol ó por una pared, ó por do quiera que hagan su camino, llevan una bóveda de tierra, cubierta toda, tan gruesa como un dedo y como la mitad, y mas y menos, y debajo de aquel artificio ó camino cubierto van hasta donde quieren asentar, y allí donde paran ensanchan mucho aquella bóveda, y hacen una casa de barro, cubierta y tan grande como tres y cuatro palmos, y mas y menos, y tan ancha como es luenga ó como la quieren hacer, y allí crian, y por aquel lugar podrescen y comen la madera, y asimismo las paredes hasta dejarlas tan huecas como un panar, y es menester tener aviso para que así como comienzan á hacer aquellas bóvedas ó senderos cubiertos se les rompan antes que tengan lugar de hacer daño en las casas, porque para la casa es aqueste animal no otra cosa que la polilla para el paño.

Hay otras hormigas mayores que las susodichas, y con muchas diferencias; pero entre todas tienen el principado de malas unas que hay negras y tan grandes cuasi como abejas de acá, y estas son tan pestíferas, que con ellas y otros materiales ponzoñosos los indios hacen la yerba que tiran con sus frechas, la cual yerba es sin remedio, y todos los que con ella son heridos mueren, que entre ciento no escapan cuatro; de estas hormigas se ha visto muchas veces por experiencia en muchos cristianos picados de ellas que así como pican dan luego calentura grandísima, y nasce un encordio al que han picado. Otras hay que son del tamaño de las hormigas comunes de España, pero aquellas son bermejas, y estas y todas las mas de las otras que de suso tengo dicho que hay en Tierra-Firme son de paso.

CAPITULO LII.

Tábanos.

En Tierra-Firme hay muchos tábanos y muy enojosos, y pican mucho, y hay muchas diferencias de ellos, y tantas, que seria largo y enojoso proceso de escribir, y no apacible á los lectores.

CAPITULO LIII.

Aludas.

En aquellas partes hay aludas, de la misma manera que las hay en España; y así, se hacen cuando á las hormigas les nascen las alas, y son algo menores que las aludas de acá.

CAPITULO LIV.

De las víboras y culebras y sierpes y lagartos y sapos y otras cosas semejantes.

Víboras.

Hay en Tierra-Firme, en Castilla del Oro, muchas víboras, segun y de la misma manera que las hay en España, y los que son picados de ellas muy presto mueren, porque pocos hombres pasan del cuarto dia si presto no son socorridos; pero entre ellas hay una especie de víboras menores que las otras, y de las colas son al-

go romas, y saltan en el aire á picar al hombre. E por esto algunos llaman tiro á esta manera de víbora, y la mordedura de estas tales es mas veninosa, y incurable las mas veces. Una de estas me picó una india de las que en mi casa me servian, en un heredamiento, y fué muy presto socorrida con muchas cosas, y asimismo con la sangrar ó dar lancetadas en un pié en que fué picada, y se hizo en ella todo lo que los cirujanos ordenaron; pero ninguna cosa aprovechó, ni le pudieron sacar gota de sangre, sino una agua amarilla, y antes del tercero dia espiró, que ningun remedio tuvo, y lo mismo ácaesció á otras personas; esta misma india que así he dicho que murió era de edad de hasta catorce años ó menos, y muy ladina, porque hablaba castellano como si nasciera y se criara toda su vida en Castilla, y decia que aquella víbora que le habia picado en la garganta de un pié seria de dos palmos ó poco mas, y que saltó en el aire para la picar desde á mas de seis pasos. E con aquesto concordaban muchas personas que tenían conocimiento de las dichas víboras ó tiros, y que habian visto morir á otras personas de semejantes picaduras, y estas son las mas ponzoñosas que allá hay.

CAPITULO LV.

Culebras ó sierpes.

Unas culebras delgadas, y luengas de siete ó ocho piés, he visto yo en Tierra-Firme; las cuales son tan coloradas, que de noche parecen una brasa viva, y de dia son cuasi tan coloradas como sangre. Estas son asaz ponzoñosas, pero no tanto como las víboras.

Hay otras mas delgadas y cortas y negras, y estas salen de los rios, y andan en ellos y por tierra cuando quieren, y son asimismo harto ponzoñosas.

Otras culebras son pardas, y son poco mayores que las víboras, y son nocivas y ponzoñosas.

Hay otras culebras pintadas y muy luengas. E yo vi una de estas el año de 1515 en la isla Española, cerca de la costa de la mar, al pié de la sierra que llaman de los Pedernales, y la medí, y tenia mas de veinte piés de luengo, y lo mas grueso de ella era mucho mas que un puño cerrado, y debiera de haber sido muerta aquel dia, porque no hedia y estaba la sangre fresca, y tenia tres ó cuatro cuchilladas. Estas culebras tales son de menos ponzoña que todas las susodichas, salvo que por ser tan grandes pone mucho temor el verlas. Acuérdomme que estando en el Darien, en Tierra-Firme, el año de 1522 años, vino del campo muy espantado un Pedro de la Calleja, montañés, natural de Colindres, una lengua de Laredo, hombre de crédito y hidalgo, el cual dijo que habia visto en una senda dentro de un maizal solamente la cabeza con poca parte del cuello de una culebra ó serpiente, y que no pudo ver lo demás de ella á causa de la espesura del maiz, y que la cabeza era muy mayor que la rodilla doblada de una pierna de un hombre mediano, y allí lo juraba, y que los ojos no le habian parecido menores que los de un becerro grande; y como la vido desde algo apartado, no osó pasar, y se tornó; lo cual el susodicho contó á muchos y á mí, y todos lo creimos por otras muchas que en aquellas partes habian visto algunos de los que al dicho Pedro de la Calleja le escuchaban lo que es dicho; y en aque-

la sazón, pocos días después de esto, en el mismo año, mató una culebra un criado mio, que desde la boca hasta la punta de la cola tenía de luengo veinte y dos piés, y en lo mas grueso de ella era mas gorda que dos puños juntos de las manos de un hombre mediano, y la cabeza mas gruesa que un puño, y la mayor parte del pueblo la vido; y el que la mató se llama Francisco Rao y es natural de la villa de Madrid.

CAPITULO LV.

Yu-ana.

Yu-ana es una manera de sierpe de cuatro piés, muy espantosa de ver y muy buena de comer, de la cual en el capítulo seis, atrás, se dijo suficientemente lo que convenia de este animal ó sierpe; hay muchas de ellas en las islas y en Tierra-Firme.

CAPITULO LVII.

Lagartos ó dragones.

Hay muchos lagartos y lagartijas de la manera de los de España, y no mayores, pero no son ponzoñosos; otros hay grandes, de doce y quince piés, y mucho mas de luengo, y mas gruesos que una arca ó caja; y algunos de los mas grandes son tan gordos cuasi como una pipa, y la cabeza y lo demás á proporcion, y el hocico tiénele muy luengo, y el labio de alto horadado en derecho de los colmillos, por los cuales agujeros salen los colmillos que tiene en la parte mas baja de la boca; los cuales y los dientes tienen muy fieros; y en el agua es velocísimo, y en tierra algo pesado y torpe, á respecto de la habilidad que en el agua tiene. Muchos de ellos andan en las costas y playas de la mar, y entran y salen de ella por los rios y esteros que entran en ella, y son de cuatro piés, y tienen muy recias conchas, y por medio del espinazo está lleno de luengo á luengo de puntas ó huesos altos, y son tan recios de pasar sus cueros, que ninguna espada ó lanza los puede ofender, si no les dan debajo de aquella piel durísima por las ijadas ó la tripa, porque por allí es flaca y vencible la piel de estos lagartos ó dragones, los cuales cuando quieren desovar, es en el tiempo mas seco del año, en el mes de diciembre, que los rios no salen de su curso, y en aquella sazón, faltando las lluvias, no les pueden llevar los huevos las crecientes; y hacen de esta manera: sálense á los arenales y playas por la costa ó ribera de los rios, y hacen un hoyo en la arena, y ponen allí docientos ó trecientos huevos, ó mas, y cúbrelos con la dicha arena, y *ad putrefactionem*, con el sol se animan y toman vida, y salen de debajo del arena y vanse al rio que está junto, seyendo no mayores que un gemo, ó poco menos grandes, y después crescen hasta ser tan gruesos y tamaños como atrás se dijo, y en algunas partes hay tantos de ellos, que es cosa para espantar; y lo mas continuamente se andan en los remansos y hondo de los rios, y cuando salen fuera de ellos por la tierra y playas, todo aquel contorno vecino huele á almizcle, y sálense á dormir muchas veces á los arenales cerca del agua, y cuando se desvian algo mas y los topan los cristianos, luego huyen al agua; y no saben correr haciendo vueltas ó á un costado ó á otro declinando, sino derecho; y así, aunque vaya tras un hombre no le al-

canzará si el tal hombre es avisado de lo que es dicho y tuerce el correr al través; antes muchas veces por esta causa ha acaescido irle dando de palos y cuchilladas hasta lo matar ó hacer entrar en el agua; pero lo mejor es desde léjos de ellos tirarles con ballestas y escopetas, porque con las otras armas, así como espadas ó dardos y lanzas, poco daño le pueden hacer, excepto si le aciertan á dar por la barriga y ijadas, porque aquello tiene muy delgado; y cuando corren por tierra llevan la cola levantada sobre el loimo, enarcada como las plumas de la cola del gallo, y la barriga no arrastrando, sino alta de tierra un palmo, ó mas ó menos, al respecto de la grandeza ó altura de los brazos, y tienen manos y piés en fin de los dichos brazos y piernas; y los tales piés y manos muy hendidos, y los dedos luengos y las uñas luengas. Finalmente, que estos lagartos son muy espantosos dragones en la vista: quieren algunos decir que son cocatrices, pero no es así; porque la cocatriz no tiene espiradero alguno mas de la boca, y aquestos lagartos ó dragones sí; y la cocatriz tiene dos mandíbulas, así alta como baja, y así menea la superior tan bien como la inferior, y aquestos lagartos que digo no tienen mas de la mandíbula baja. Son en el agua muy velocísimos y muy peligrosos, porque se comen muchas veces los hombres y los perros y los caballos y las vacas al pasar de los vados; y por esto se tiene aqueste aviso, que cuando alguna gente pasa por algun rio en que los hay, siempre se toma el vado por los raudales y donde el agua va mas baja y corriente mucho, porque los dichos lagartos siempre se apartan de los raudales y de donde está bajo el rio. Muchas veces acaesce, matándolos, que les hallan en el vientre una y dos espuelas de guijarros pelados, que el lagarto come por su pasatiempo y los degiste. Mátanlos muchas veces armándolos con anzuelos gruesos de cadena, y de otras maneras, y algunas veces hallándolos fuera del agua, con las escopetas. Estos animales mas los tengo yo por bestias marinas y de agua que no terrestres, puesto que, como es dicho, nascen en tierra, de aquellos huevos que entierran en los arenales, los cuales son tan grandes ó mas que los de las ansares, y son tan anchos en el un cabo ó punta como de la otra parte ó cabo; y si dan en el suelo con ellos, no se quiebran para se salir, pero quiébrase la cáscara primera, que es como la de los huevos de las ansares; y entre aquella y la clara tiene una tela delgada que parece valdrés, que no se rompe sino con alguna punta de herramienta ó de palo agudo; y dando en el suelo con un huevo de estos, salta para arriba y hace un bote, como si fuese pelota de viento. No tienen yema, y todos son clara, y guisados en tortillas son buenos y de buen sabor; yo he comido algunas veces de estos huevos, pero no he comido de los lagartos, puesto que muchos cristianos los comian cuando los podian haber, en especial los pequeños, al principio que la tierra se conquistó, y decian que eran buenos. E cuando estos lagartos dejaban los huevos cubiertos en el arena, y algun cristiano los hallaba, cogía aquella nidada, y traíalos á la cibdad del Darien, y dábanle cinco ó seis castellanos, y mas, segun los que traía, á razon de un real de plata por cada huevo; yo los pagué en este precio, y los comí algunas veces en el

año de 1514 años; pero después que lobo mantenimientos y ganados, se dejaron de buscar, pero no porque si con ellos topan acaso, dejen de comerlos de buena voluntad algunos.

CAPITULO LVIII.

Escorpiones.

Hay en muchas partes escorpiones venenosos en la Tierra-Firme, y yo los hallé en Santa Marta, dentro en tierra, bien tres leguas apartado de la costa y puerto de mar, donde el año de 1514 tocó el armada que por mandado del rey Católico don Fernando V, de gloriosa memoria, pasó á la Tierra-Firme. Son cuasi negros sobre rubios; y en Panamá, en la costa del mar del Sur, los he visto asimismo algunas veces.

CAPITULO LIX.

Arañas.

Hay arañas grandes, y yo las he visto mayores que la mano extendida, con piernas y todo; pero dejados los brazos, sino solamente el cuerpo, digo que aquello de en medio de una araña que vi una vez, era tamaño como un gorrion ó pájaro de estos pardales, y llena de vello, y la color era pardo oscuro, y los ojos mayores que de un pájaro de los que he dicho; son ponzoñosas, pero de aquestas grandes hállanse raras veces, y muchas comunmente mayores que las de estas partes.

CAPITULO LX.

Cangrejos.

Cangrejos son unos animales terrestres que salen de unos agujeros que ellos hacen en tierra, y la cabeza y cuerpo es todo una cosa redonda que quiere mucho parecer capirote de halcon, y del un costado le salen cuatro piés, y otros tantos del otro lado, y dos bocas como pincetas, la una mayor que la otra, con que muerden, pero su bocado no duele mucho ni es ponzoñoso; su cáscara ó cuerpo y lo demás es liso y delgado como la cáscara del huevo, salvo que es mas dura. La color es parda ó blanca ó morada que tira á azul, y andan de lado y son buenos de comer, y los indios se dan mucho á este manjar, y aun tambien en Tierra-Firme muchos cristianos, porque se hallan muchos, y no son manjar costoso ni de mal sabor; y cuando los cristianos van por la tierra adentro, es manjar presto y que no desplace, y cómense asados en las brasas. Finalmente, la hechura de ellos es de la misma manera que se pinta el signo de Cáncer; en el Andalucía, á la costa de la mar y del rio de Guadalquivir, donde entra en ella, en Sant Lúcar, y en otras partes muchas, hay cangrejos, pero son de agua, y los que he dicho de suso son de tierra. Algunas veces son dañosos y mueren los que los comen, en especial cuando los dichos cangrejos han comido algunas cosas ponzoñosas ó manzanillas de aquellas de que se hace la yerba con que tiran los indios caribes frecheros, de la cual se dirá adelante; pero por esto se guardan los cristianos de comer de ellos cuando los hallan cerca de donde hay los dichos árboles de las manzanillas; aunque se coman muchos de aquellos que son buenos, no hacen mal ni es vianda que empacha.

CAPITULO LXI.

De los sapos.

Hay muchos sapos en la Tierra-Firme y muy enojosos por la grande cantidad de ellos; pero no son ponzoñosos: donde mas de ellos se han visto es en la cibdad del Darien, muy grandes; tanto, que cuando se mueren en tiempo de la seca, quedan tan grandes huesos de algunos, en especial algunas costillas, que parecen de gato ó de otro animal tamaño; pero como cesan las aguas, poco á poco se consumen y se acaban, hasta que el año siguiente, al tiempo de las lluvias, los torna á haber; pero ya no hay con mucha cantidad tantos como solia; y la causa es que, como la tierra se va desahando y tratándose de los cristianos, y cortándose muchos árboles y montes, y con el hábito de las vacas y yeguas y ganados, así parece que visible y palpablemente se va desenchando y deshumedeciéndose, y cada dia es mas sana y apacible. Estos sapos cantan de tres ó cuatro maneras, y ninguna de ellas es apacible; algunos como los de acá, y otros silbando, y otros de otra forma; unos hay verdes y otros pardos, otros cuasi negros; pero todos, los unos y otros, muy feos y grandes y enojosos, porque hay muchos; pero como es dicho, no son ponzoñosos; y donde se pone recabdo para que no haya agua encharcada y que corra ó se consuma, luego no hay sapos; que ellos se van á buscar los pantanos, etc.

De los árboles y plantas y yerbas que hay en las dichas Indias, islas y Tierra-Firme.

Primeramente pues que está dicho de los árboles que de España se han llevado, y cómo todos se hacen bien en aquellas partes, quiero decir de los otros naturales de ellas; y porque todos los que hay en las islas (y muchos mas) los hay en la Tierra-Firme, diré de los que se me acordare, todavía ocurriendo á la protesta que al principio hice, y es que está todo lo que aquí diré, con lo demás que se me olvidare, copiosamente escrito en mi *General historia de Indias*; y comenzando del mamey, digo así.

CAPITULO LXII.

Mamey.

Las principales plantas y mantenimiento de los indios son la yuca y maíz, de que hacen pan, y tambien vino del maíz, como atrás se dijo; hay otras frutas muy buenas, sin aquello. Hay una fruta que se llama mamey, el cual es un árbol grande y de hermosas y frescas hojas. Hace una graciosa y excelente fruta, y de muy suave sabor, tan gruesa por la mayor parte como dos puños cerrados y juntos; la color es como de la peraza, leonada la corteza, pero mas dura algo y espesa, y el cuesco está hecho tres partes, junta la una á par de la otra, en el medio de lo macizo, á manera de pepitas, y de la color y tez de las castañas ingertas mondadas, y así proprio que ninguna cosa le faltaria para ser las mismas castañas si aquel sabor toviese; pero aqueste cuesco así dividido ó pepita es amarguísimo su sabor como la hiel; pero sobre aquello está una telica muy delgada, entre la cual y la corteza está una carnosidad